

Abducción, mundo posible y narratividad; estesis y cuerpo propio. Convergencias teóricas y metodológicas desde la semiótica.

Susan Sarem¹

Recibido: 10-03-2015 **Aprobado:** 15-04-2015

Resumen

Este trabajo tiene por objetivo reflexionar acerca de las relaciones entre abducción, mundo posible y narratividad a partir del llamado paradigma indiciario, a fin de proponer un modo de acercamiento a esos espacios de intelección no necesariamente lingüísticos en los que tiene lugar la experiencia intersubjetiva. El mencionado objetivo pondrá en diálogo conceptos de Charles Sanders Peirce, Umberto Eco y Paolo Fabbri como interlocutores principales. La puesta en diálogo continuará con los conceptos de estesis y cuerpo propio desde los aportes de dos de los seguidores de Algirdas-Julian Greimas y Jaques Fontanille, Erik Landowisky y Desiderio Blanco.

Palabras clave: abducción, mundo posible, narratividad, paradigma indiciario, estesis.

¹ Profesora de las Cátedras de *Semiótica y Análisis del Discurso*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán, República Argentina. susansarem@hotmail.com
011-381-4-255310

“Las palabras están separadas y los espacios entre las palabras son casi infinitos [...] Pero ahora me encuentro en el espacio sin fin entre las palabras”²

Para comenzar, partiremos de la conceptualización de semiosis, noción central de la teoría peirceana e indisolublemente ligada a otra, la de signo. Aquella puede definirse como un proceso triádico de inferencia porque el signo es entendido como una tríada donde de la unión de dos de sus elementos -representamen y objeto- surge un tercero distinto de los dos anteriores, el interpretante:

Un signo o representamen es algo que, para alguien, está en lugar de algo bajo algún aspecto o capacidad. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, tal vez, un signo más desarrollado. Este signo creado es lo que yo llamo el interpretante del primer signo. El signo que está en lugar de algo, su objeto. Está en lugar de algo no en todos sus aspectos sino solo con referencia a una suerte de idea que he llamado el fundamento del representamen. <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>. Recuperado el 20/9/2015.

De esta manera, el objetivo del concepto de signo es que sea general, es decir, que abarque todos los ámbitos del saber (no sólo lingüístico, como el saussureano); pragmático, o sea, que esté vinculado a la noción de verdad provisional de la ciencia, cambiante de acuerdo con los descubrimientos que se realicen con el fluir del tiempo (siempre relativa porque se corresponde con una construcción social, determinada por factores contextuales específicos); y que sea triádico, según vimos. Al signo de Peirce, entonces, le es inherente lo procesual que se manifiesta en una cadena infinita de significación, la semiosis; y como ese proceso continúa de forma ininterrumpida, el interpretante pasa a ser representamen de un nuevo eslabón que se une a otro objeto para formar un interpretante más, que pasará a ser un nuevo representamen y así, sucesivamente, hasta el infinito. En consecuencia, se desenvuelve en las dos coordenadas de espacio y tiempo y, de esta manera, se determina por factores sociales, históricos, geográficos, es decir, circunstanciales; y serán justamente estos factores los que harán que cada vez surja un *nuevo* interpretante.

Ahora bien, como para Peirce el pensamiento se desarrolla en signos³ —en esta infinita cadena que acabamos de observar, la semiosis— ésta se desarrolla en dos planos: uno individual y otro social. En relación con el primero, podemos verificar que sólo termina con la muerte del sujeto, mientras que, respecto del segundo, se inserta en una red cultural y, por lo tanto, continúa *ad infinitum*. En sus dos aspectos, se despliega a partir de inferencias de tipo abductivo (ab: desde muy lejos; ducere: llevar, conducir). La incorporación de este término nos lleva a una de las palabras clave de nuestro trabajo: **abducción**. Si bien esta noción aparece ya postulada por Aristóteles en su *Primeros Analíticos* a propósito de un tipo de silogismo, es en la cosmovisión peirceana donde se desarrollará ampliamente. Para Peirce, la abducción es “el proceso de una hipótesis explicativa” (Elizondo Martínez, 2002: 47), un tipo de inferencia distinto tanto de la deducción (Regla/Caso/Resultado) como de la inducción, (Caso/Resultado/Regla) que, partiendo de hipótesis enmarcadas

2 Her (2013).

3 <http://www.unav.es/gep/DeducInducHipotesis.html>

en determinada Regla y pasando por cierto Resultado, su objetivo es llegar al Caso⁴. “Porque el Caso es el hecho que *implica los rasgos según cierta Regla*. A él pertenecen los rasgos. En él está implícita la Regla. Él es lo real⁵ que contiene la existencia (los rasgos) y la idealidad (la Regla)” (Samaja, s/f: 27). En este sentido podemos observar que la abducción se proyecta discursivamente como lo hace la figura narrativa correspondiente a la metonimia o la sinécdoque, ya que el Caso representa el/los rasgos de la Regla, esto es, el efecto por la causa (metonimia), la/las partes por el todo (sinécdoque). Tales relaciones entre los términos tienen lugar en tanto las mismas son proyectadas analógicamente como lo haría la metáfora, es decir, la captación que por analogía presenta, a los ojos del observador, la Regla. Si continuamos nuestra proyección hacia el llamado paradigma indiciario (sobre el que volveremos), veremos que éste opera, justamente, a partir de la ubicación de rasgos determinantes de cierta regla; es decir, a través de rasgos individuales propone “determinado tipo de comportamiento *textual*” (el subrayado es mío) sintetizando -en su existencial híbrido bajtiniano o molécula química- el objeto (en términos de existencia) y el recuerdo resonante de la totalidad, la Regla. No en vano el paradigma indiciario nos remite a esa clase de signo (índice) que guarda con su objeto una relación de causa- efecto y de existencia; no en vano, repetimos, actualiza lo que de existente tiene el signo en su doble cualidad de objeto, como índice y como segundo. Aclarando que el hecho de ser un segundo supone ya un primero.

Así, siguiendo una lógica conjetural, el pensamiento abductivo realiza un recorrido hacia sitios muy lejanos de la experiencia del sujeto que interpreta en el marco de la semiosis. De esta manera, la abducción aparecerá como el procedimiento fundamental de inferencia para Peirce, caracterizada por ser un tipo de operación lógica cuyas premisas adquieren valor de verdad recién cuando la conclusión es verificada. Y esto es así porque la abducción se basa en la generación de hipótesis que, a su vez, encuentran su origen en la experiencia, siempre colectiva, del sujeto; experiencia que se anuda en el espesor de lo real y que circula como saber colectivo del *sujeto inmerso en comunidades semióticas*. Este

sujeto colectivo recupera la experiencia del pasado; por lo tanto, implica, a la vez, la herencia [de la tradición] saussureana, la memoria y la semiosis [de la tradición] peirceana de la significación ya producida, y, por ende, asimilada y compartida, un conocimiento experimentado del mundo. Pero como el hombre es también un signo que se desarrolla en el tiempo, el sujeto colectivo acumula el devenir temporal de aquel, reuniendo el pasado en el representamen, el presente en el objeto [inmediato] y el futuro en el interpretante, en cuanto que siempre la experiencia nueva es ya una construcción de futuro.

4 Ibidem. Op. Cit.

5 El caso está relacionado con la secundidad, es decir, con la función representada por el objeto. Y si ésta implica lo real es porque, siguiendo a Verón, el objeto dinámico representa el espesor de real. Este semiólogo, en *La semiosis social*, propone el modelo de la “unidad mínima” o doble triángulo de Peirce, según el cual, en toda relación triádica, no hay una sino dos triadas, con el objeto como portador de esa dualidad. De esta manera las condiciones de producción de un discurso serían el representamen que, en relación con un objeto, darían lugar a un discurso como interpretante de esta primera relación triádica, donde el objeto haría las veces de dinámico. Esto es así porque desde allí es posible observar el desbordamiento del objeto sobre el signo ya que aquel da cuenta no sólo de éste sino de todos los discursos que han hablado ya de ese objeto: a partir de la instancia de producción se actualizan los otros discursos sobre el objeto, como dijimos, y por ende, de todo el flujo histórico social de la semiosis, esto es, el espesor de lo real. Dicho discurso pasaría a ocupar el lugar del representamen de la segunda triada donde el objeto sería inmediato por su única relación con el discurso: sería sólo “un” discurso de ese objeto

Al recuperar la experiencia de un pasado comunitario, el sujeto comparte información pragmática con el resto de miembros de la comunidad interpretativa a la que pertenece, y simultáneamente aporta interpretaciones nuevas, propias del aspecto individual de su subjetividad (recordemos que la subjetividad también se construye socialmente) (Coviello y Sarem, 2008: 9).

Ese saber colectivo, heredado y acumulado vívidamente por el sujeto será materializado, encarnado de forma individual en el momento de la percepción, a través de los modos de razonamiento que hemos venido distinguiendo. Así, cuando vimos a propósito de la deducción y la inducción, el modo en que el pensamiento se desplegaba, observamos que se trataba de premisas que llevaban a una conclusión y una conclusión que llevaba a premisas, respectivamente. Si comparamos aquellos con el procedimiento abductivo, podemos ver que éste va conectando hechos con otros que se encuentran al mismo nivel, es decir, que no necesariamente va de elementos generales a particulares o viceversa.

En este sentido, Enrique Anderson Imbert compara, en un artículo, los procedimientos de búsqueda de la verdad llevados a cabo por Peirce y por Poe (éste, a través de su August Dupin) teniendo como base el proceso de pensamiento abductivo, rescatando su valor intuitivo pero nunca místico. Porque, que sea intuitivo, no significa que se deba a un “sexto sentido” o a una influencia sobrenatural que ilumine al sujeto en sus pensamientos, sino a la acumulación experiencial que le permite discernir sobre determinados hechos. Eso que parece un saber místico más bien tiene que ver con el grado de lucidez de un sujeto al momento de realizar sus juicios perceptivos⁶, basados en su experiencia. Es en este sentido que el mismo Peirce la llama “corazonada” (Anderson Imbert, 1992:8). Según Anderson Imbert:

Con el razonamiento abductivo respondemos a una realidad que nos choca. Queremos entenderla. La entendemos, naturalmente con las formas innatas del entendimiento. Pongamos el caso de una persona que se sorprende ante fenómenos inesperados (hechos, objetos o circunstancias). Presiente que está a punto de averiguar por qué le causaron sorpresa. Advierte, entre los componentes de esos fenómenos, una curiosa relación. Es más: reconoce que esa relación es característica de ciertos conceptos que tenía ya formados en su mente. Entonces con la mente ya educada por experiencias del pasado, se le ocurre una hipótesis que aclara lo que hubo de sorprendente en los fenómenos que le llamaron la atención... A veces la hipótesis es una falsa corazonada... (ibídem,8)

Ahora bien, esta conjetura con la cual “respondemos a una realidad que nos choca” porque queremos entenderla (ibídem, 7) es la base del concepto de **mundo posible** elaborado por Eco (1979) a propósito del lector modelo:

El lector modelo debe colaborar en el desarrollo de la fábula anticipando sus estados ulteriores. La anticipación del lector construye una porción de fábula que debería corresponder a la que éste va a leer a continuación. Una vez que haya leído podrá comprobar si el texto ha confirmado o no su previsión. Estos estados posibles de acontecimientos o cosas quedan desarrollados; el lector aventura hipótesis sobre estructuras de mundos; es lo que la semiótica actual llama mundo posible.

6 Volveremos más adelante sobre la percepción a propósito del aspecto fenomenológico de la semiótica de la vida y la semiótica del cuerpo.

Esa porción de fábula que se anticipa es el mundo posible que aventura el lector; y esa anticipación se produce gracias a una generación de hipótesis basada en la abducción. Es, ni más ni menos, lo que uno “ya sabe” que va a ocurrir en un libro que está leyendo o una película que está viendo porque la estructura narrativa o los diferentes *topics* lo van llevando a pensar-intuitivamente, generando hipótesis a partir de experiencias pasadas- qué va a pasar a continuación. Pero también podría tratarse de etapas en el desarrollo del pensamiento científico, si concebimos la ciencia como un proceso cuyo objetivo es la construcción de un nuevo conocimiento (Tecla, 1995; Mendicoa, 2000, Hernández Sampieri, 1995 y Samaja, 1993) y por el que respondemos, también, a una realidad que nos choca y que no podemos descifrar según un estado particular presente del conocimiento científico. En este sentido, asevera Samaja:

[...] el proceso de la ciencia, es decir, eso que se llama ‘investigación científica’, en el sentido más abarcativo que se pueda imaginar, ganará en claridad y profundidad de concepción, si se lo enfoca como un proceso semiótico. Es decir, como un proceso de producción, distribución, intercambio y empleo de significados (Samaja, s/f: 15).

En cuyo germen se encuentra la abducción, porque Samaja la sitúa después de la analogía, en el punto de partida de la investigación científica entendida como proceso semiótico (16; 18). En consecuencia, podemos pensar que la analogía, al operar por semejanza con el objeto, se vincula a la metáfora y, entonces, al ícono peirceano que –como sabemos- establece con el objeto una relación de semejanza, ubicándose en el estadio de la primeridad⁷. A continuación, la abducción opera reconstruyendo las causas desde sus efectos, es decir, lo hace de forma indicial, apelando a la secundidad y rescatando el aspecto metonímico y/o sinecdótico del objeto (y también metafórico porque, en un principio, la relación se estableció por analogía). Este mecanismo de reconstrucción trabaja generando hipótesis; por ende, se trate del pensamiento del hombre común en su vida diaria, del científico en su comunidad o del artista en la suya, la abducción permite que el conocimiento avance, se torne nuevo cada vez, gracias a las posibilidades que se abren a partir de las hipótesis, acumuladas perceptivamente desde la acción, desde la experiencia.

Volviendo al mundo posible y entendiéndolo también como una producción de conocimientos, vemos, por un lado, que se trata de un mecanismo de reconstrucción basado en hipótesis generadas de forma abductiva; por otro, que su aplicación no queda restringida a los textos literarios –como hace Eco para explicarlo- sino a cada fragmento hipotético que el pensamiento va construyendo para anticiparse a alguna solución, tanto de problemas ordinarios como relacionados con el arte, la ciencia y los diferentes ámbitos del saber. Podemos afirmar esto –desde la esfera de la semiótica-

⁷ En su descripción de la semiosis, Peirce asocia una categoría faneroscópica (fenomenológica. perceptiva) con cada uno de los componentes del signo, y establece que el resultado de sus posibles entrecruzamientos son tipos de signos. En el ámbito de la comunicación, como sabemos, se ha prestado atención especial al que surge del objeto con cada una de esas categorías. Así éste, observado a través de la categoría de la primeridad, es un ícono porque establece con aquel (el objeto) una relación de semejanza, poniendo de relieve algo de lo que ambos tienen en común, esto es, determinada cualidad en sí misma; por ejemplo, la rojez. Luego, observando el objeto a través de la categoría de la secundidad, vemos un índice, un existente en el cual la cualidad se materializa; por ejemplo, una caperuza roja. Por último, el objeto observado desde la terceridad nos devuelve una ley o hábito: *Caperucita Roja*. En este sentido es que la analogía puede asociarse a la primeridad y al ícono mientras que la metonimia y la sinécdoque, al índice: la parte por el todo, sólo un existente de todas las posibilidades que el objeto tiene de ser en la semiosis. Y que nos vincula, nuevamente con el espesor de lo real.

con Lotman (1979) y su concepción dinámica y abarcativa de texto como manifestación sónica de la cultura⁸ y, en consecuencia, como todo tipo de producción cultural (no solo lingüística). Y también con Fabbri (2004: 88) porque él asimismo enuncia una noción de discurso que engloba en ella sustancias no lingüísticas de la expresión. Sin embargo, a pesar de coincidir en que textos y/o discursos no remiten privativamente a lo lingüístico, sus puntos de partida difieren notablemente ya que construyen epistemologías opuestas: mientras que Lotman no puede separarse de la primacía de la lengua sobre el resto de los sistemas de signos –dando cuenta de su herencia estructuralista–, Fabbri aspira a alejar los estudios semióticos cada vez más de la idea de una supremacía lingüística, materializada en una necesaria traducción del resto de los sistemas de signos por el lingüístico⁹.

Estas referencias nos sirven para entrar de lleno en otro de los conceptos que nos queda por incorporar a este diálogo, el de **narratividad**, una configuración de acciones (ibídem, 48) que produce una articulación significativa particular que puede ser de distinto tipo y que, por ende, convierte a la semiótica en una teoría de la acción. Se trata de organizaciones discursivas del sentido: universos de sentido que derivan de tales configuraciones. Si desde lo literario narrar significa contar acciones y, en consecuencia, este significado parece pertenecer sólo al terreno de lo lingüístico, Fabbri traslada esta idea al resto de las sustancias de la expresión (las no lingüísticas) como anticipamos. De esta manera, deja expresada una de las hipótesis centrales de su giro semiótico, a saber, pensar el signo como una estrategia que se decide “en función del tipo de segmentación que hacemos del texto” (2000: 45) donde cada estrategia variará de acuerdo con cada universo de sentido, es decir, cada narratividad. Así, si las narratividades no son exclusivamente lingüístico-literarias, su aplicación metodológica podría extenderse –semiológicamente– a los diferentes discursos sociales, no sólo científicos sino también artísticos y humanísticos en general, como un modo de aplicación transversal de la semiótica entendida como metodología¹⁰.

En este punto, si pensamos tanto el mundo posible (una forma de narratividad que señala hacia el futuro) y la narratividad a partir del mecanismo semiótico de la abducción, estamos –quizás– adentrándonos en la metodología propuesta por el paradigma indiciario –otra palabra clave– ya que la interpretación se realiza a partir de la reconstrucción narrativa de un “tejido” sónico que conforma universos de sentido particulares:

El tejido es el paradigma que hemos ido llamando, según los contextos, venatorio, adivinatorio, indiciario o semiótico. Adjetivos que, como es obvio, no son sinónimos sino descripciones alternativas que, sin embargo, nos remiten a un modelo epistemológico

8 Esta referencia de Lotman se inscribe dentro de su semiótica de la cultura en la que concibe al texto de forma sumamente dinámica puesto que se trata de un espacio dialógico y siempre limitado por una frontera que, a la vez, le imprime esa posibilidad de intercambio con el espacio exterior, tanto de la propia como de la cultura ajena. Además el texto, como manifestación de la cultura, es todo aquello hecho culturalmente, es decir, de cualquier sustancia de la expresión: la única condición para ser tal es que haya sido traducido al menos dos veces, una en su propio lenguaje y otra en el de la lengua natural. Porque, como sabemos, para Lotman la cultura es un sistema de modelización secundaria y la lengua, primaria.

9 Volveremos sobre este abordaje de los hechos semióticos a propósito de la comparación que hace el italiano entre la lengua y la pintura, por un lado, y la lengua y el gesto, por otro para llegar a conclusiones similares, según veremos, que nos conectarán con las problemáticas de la estesia y el cuerpo propio.

10 Este planteo acerca de la semiótica no pretende discutirse aquí debido al límite espacial y a que está siendo objeto de análisis de otro trabajo de nuestra autoría.

común, articulado en disciplinas diversas, vinculadas a menudo entre sí por métodos o palabras clave tomados en préstamo (Ginzburg, 1989: 145).

Podríamos postular, de aquí en más, que este paradigma basado en la reconstrucción narrativa de las causas desde sus efectos se da, en semiótica, a partir de las nociones o palabras clave de abducción, mundo posible y narratividad (y estesis, más adelante), que “confirma la existencia de una profunda conexión que explica los fenómenos superficiales cuando se reconoce que el conocimiento de tal conexión es imposible. La realidad es opaca pero existen ciertos puntos privilegiados -indicios, síntomas- que nos permiten descifrarla”, narrarla cuando el signo, tal como lo propone Fabbri, funciona como estrategia para hacer surgir universos de sentido. “Esta idea”, según Ginzburg, “que constituye el núcleo del paradigma indiciario o semiótico, se ha abierto camino en una amplia gama de contextos intelectuales afectando muy profundamente las ciencias humanas” (ibídem: 152). Así, analizar los lapsus y los fallidos (elementos superficiales pero depositarios -en correspondencia, en interconexión con otros- de un sentido profundo) desde el Psicoanálisis, por ejemplo, es encontrar y clasificar esos fenómenos dispersos de los que su autor no es consciente pero que son los evidentes, las estrategias a partir de las cuales podrá reconfigurar la interpretación del “relato”. La enfermedad, por ejemplo, es inasequible como tal: lo único material son los signos; por lo tanto, la reconstrucción de aquella sólo puede hacerse en los términos de sus síntomas, narrándolos. Lo mismo ocurre con el discurso: la dialéctica enunciado/enunciación muestra que ésta es siempre virtual y sólo configurable a partir de las marcas dejadas en el enunciado por las tres coordenadas de la enunciación: sujeto, espacio y tiempo. Desde la percepción, narrando, interconectando, configurando, se otorga sentido a aquello que, en apariencia, carece de él.

Fabbri remite la idea de acción a un recorrido que comienza en Aristóteles, continúa con René Descartes a través de su *Tratado de las Pasiones*¹¹, y se encuentra con la semiótica en la figura de Greimas a través de la semiótica de las pasiones. La oposición acción - pasión (y no razón - acción) es recuperada por la semiótica a través del mencionado semiólogo y retomada por Fabbri en *El giro semiótico* (2004). La relación entre acción y pasión es de causa una y efecto, la otra. Este movimiento es fundamental para los estudios semióticos actuales puesto que propone el tratamiento de la afectividad lejos de su oposición a la razón, enunciando que tal dicotomía carece de fundamento en tanto el abordaje de las emociones, las pasiones, los afectos son observados desde una lógica diferente, ni anterior ni posterior respecto del lenguaje que las haría inteligibles.

Si nos centramos, momentáneamente, en la interpretación que Louis Hjelmslev, lingüista danés, hizo del signo lingüístico saussureano, podremos observar que su aporte es fundamental para la semiótica actual, habiéndose trasladado desde sí hacia Barthes, Eco, Greimas, Lotman y Fabbri, así como a los herederos de Greimas y Fontanille, tales como Landowisky y Blanco, que pondremos a dialogar aquí también. A cada parte del signo saussureano Hjelmslev las denomina contenido y expresión en lugar de significado y significante, como sabemos, porque ahora pasan a formar parte una función: se convierten en funtivos de una relación, la función semiótica; además las subdivide, con lo que cada una pasa a dar cuenta tanto de una forma pero también de una sustancia. Este cambio es fundamental si comprendemos que el signo del CGL no admite la sustancia, terreno del habla, informe, pura ocurrencia histórica, experiencial¹², idea fundamental para comprender que

11 Descartes, Renato (1963) *Tratado de las Pasiones*, Editorial Iberia, Barcelona, España.

12 Referencia necesaria en virtud de su relación de semejanza con la del modelo de unidad mínima de Verón, ya explicado que, a la manera del continuum material, instaura la sustancia como ineludible en

los espacios de intelección son infinitos, analógicos y no digitales, cuya significación se hace, en consecuencia, difícilmente aprehensible por medio de la lengua natural.

Según Blanco, Greimas entiende que la significación es el objeto de la semiótica; y Barthes ya lo entendía así también, al observar que la saussureana es el producto de la unión de las dos partes del signo, significado y significante, cual proceso triádico del signo peirceano; de este modo, llega a comparar significación con semiosis y, por ende, a sintetizar las dos tradiciones semióticas modernas, diádica y triádica. Si retomamos a Blanco, dicha significación “sólo puede encontrarse en el discurso, es decir, por debajo de los signos o más allá de ellos. [...] Está hecha de lenguaje pero no se reduce al lenguaje: su materia es la vida entera, la experiencia vital transformada en la producción discursiva” (Blanco, 2004: 2). Es decir, la significación sólo puede encontrarse en el discursar, en el proceso intersubjetivo, y Greimas creó métodos para tornarla asequible: primero fueron los diferentes “dispositivos narrativos” (ibídem) y luego “las estructuras modales complejas [que] le permitieron dar cuenta de ese inmenso y complejo dominio de sentido que son las pasiones [...] que no se puede concebir sin lo sensible, sin la sensación, sin el sentir, sin la estesis” (Ibídem). Y es así, a través de dicho concepto, como irrumpe lo corporal en el discurso. En este sentido, María José Contreras sintetiza “el factor común” de los estudios en torno a la denominada semiótica del cuerpo¹³ en la consideración del cuerpo como “*la condición radical de la significación*” (2012:14) (las cursivas son del autor). Ya lo adelantaron Greimas y Fontanille por medio de la importancia de la idea de mediación del cuerpo, “cuya propiedad y eficacia es el sentir”, para la configuración de la significación en distintos universos semióticos: la propioceptividad (Greimas y Fontanille, 1994:13).

Y de esta manera ingresan en esta exposición los conceptos de **estesis** y **cuerpo propio**. Como la significación escapa a su delimitación sólo al ámbito de lo lingüístico, llegando a generalizarse a la vida cotidiana -entendida también como discurso- cobra central importancia el análisis del discurso en acto (el discursar, el proceso) que “tiene que indagar primero la presencia de *estesis* en el campo discursivo: las “*estesis*” son esos momentos en los que surge la fusión entre el sujeto y el mundo sensible” (3) (las cursivas son del autor). La estesis [...] se presenta en el texto como un encuentro con las cosas mismas” cuando, en la vaguedad (o indefinición) de las percepciones convencionales, aparece de pronto una ‘estesis’ singular” (4)¹⁴. Sin embargo, para que este proceso estésico sea desencadenado, es necesaria la presencia de una “entidad que ‘sienta’”, el cuerpo propio que, según Fontanille (Romero y Giménez, 2003: 2) es “la forma significativa de una experiencia sensible de la presencia”. En este sentido, se pregunta Landowisky (2012) acerca de las implicaciones existenciales de la experiencia totalmente subjetiva que vivimos cuando experimentamos -de manera imprevista- la presencia, a nuestro alrededor, de un mundo que unas veces parece hacer sentido, otras veces no sin que podamos decir con precisión por qué ni cómo” (128). [Porque] “la dimensión existencial del sentido [sí] puede ser objeto, a la vez como tema de reflexión y como materia que conceptualizar, de un acercamiento riguroso, en términos semióticamente articulados” (130), aunque “la experiencia sensible correspondería a lo inefable” (135) en virtud de no poder ser

el modelo diádico de signo lingüístico.

13 Muy cercana y con muchos puntos de contacto con la semiótica de la vida.

14 Esto podría equipararse a aquello que para Greimas y Fontanille, en *Semiótica de las Pasiones*, es la “fractura” del discurso, ese “doble perturbante” o “foria” cuyo tratamiento será objeto de un trabajo posterior.

reductible a un juego de oposiciones categóricas” (134). Ahora bien, nos preguntamos ¿por qué la experiencia sensible podría resultar inefable? Porque trata de reducirla a categorías lingüísticas cuando “[e]l hecho de que se instaure más acá de las palabras no implica que sus *efectos de sentido* no ofrezcan ninguna regularidad [ni] que sus principios de funcionamiento [escapen] a toda forma de conocimiento distinta de la intuitiva” (135). “Eso depende tanto o más de los efectos de sentido que se desprenden del porte como de la complejión, del ritmo, de los movimientos y de las palabras, del tono de voz de cada una de esas personalidades, de su *hexis* propia, tal como se manifiesta a través del más mínimo gesto y que traduce una manera específica de estar en el mundo.” (Las cursivas son del autor) La necesidad de una entidad que sienta, que dé cuenta de dicha “manera específica de estar en el mundo” es, desde Fontanille el cuerpo propio, “una envoltura sensible, que determina de esta manera un dominio interior y un dominio exterior” (ibídem: 2), la propioceptividad como lugar, cual frontera semiótica de Lotman, que traduce lo ininteligible al lenguaje propio de la semiosfera. Observado desde esta perspectiva, el cuerpo propio cumple dos funciones semióticas fundamentales: por un lado, al tomar posición, “instaura su campo de enunciación y su deixis; por otro –y como consecuencia del anterior- da cuenta del encuentro entre el mundo exterior (exteroceptividad: sensaciones) y el mundo interior (interoceptividad: emociones y afectos) transformados en expresión y contenido en virtud, justamente, de la propioceptividad. Aquí “la significación toma cuerpo a partir de la sensación y la percepción” (ibídem). Desde este planteo, la significación se construiría gracias a la percepción de un sujeto cuyo cuerpo propio, a la manera de la frontera semiosférica-como adelantamos-pondría en diálogo dos universos sensibles –uno exterior y otro interior- o macrosemióticas (conformadores de la semiosis), desde determinada orientación o punto de vista, delimitando un dominio de pertinencia o captación, a través de un sistema de valores, resultado de la unión de dichos mundos. La relación entre ambos impone la correlación entre un plano de la expresión y uno del contenido. Podríamos esquematizar la propuesta de la siguiente manera:

CONTENIDO	CUERPO PROPIO	EXPRESIÓN
INTERIOR	FRONTERA	EXTERIOR
SIGNIFICACIÓN	PERCEPCIÓN/ SENSACIÓN	OBJETO/ EVENTO
MACROSEMIÓTICA INTEROCEPTIVA	PROPIOCEPTIVIDAD	MACROSEMIÓTICA EXTEROCEPTIVA
SEMIÓTICA DE LA LENGUA NATURAL (COMO ESTRUCTURA FIJA)	SEMIOSIS/ SISTEMA DE VALORES	SEMIÓTICA DEL MUNDO NATURAL LENGUAJE (COMO DEVENIR)

Donde es una frontera, mediando entre ambos espacios, la que, a través de la propioceptividad instaura las dos macrosemióticas referidas: antes de esa instauración, las dos macrosemióticas no son figuradas como tales sino por el proceso mismo de encarnar la enunciación el propio cuerpo. Es por esto que expresión y contenido no preexisten a la significación sino que la percepción los va configurando como tales y, en el hacer mismo del sujeto *percibiente* y *sintiente*, se conforman

dichos espacios. Podemos afirmar, entonces, que desde la propioceptividad va construyéndose la intelección con el otro y con el mundo (ambos, desde esta perspectiva, otros): a veces con el cuerpo mismo del otro, otras con sus discursos, unas más con lo icónico, siempre con diferentes materias. Ahora bien, la instauración de la deixis por parte de la propioceptividad y, con ella, la delimitación de las dos macrosemióticas –expresión y contenido– determinantes de la percepción y de la significación, se acercan en su funcionamiento a lo que Contreras define como “enunciación encarnada”, si pensamos que es el propio cuerpo el que opera a la manera de los traductores filtros bilingües de la frontera lotmaniana.

A partir del recorrido realizado hasta aquí, aventuremos una hipótesis: que ese entendimiento intersubjetivo devenido, por ejemplo, de una relación acción- pasión es sabida de antemano a la lengua o directamente aprehendida en otro sistema de signos porque pertenece a la experiencia vital de la que hablaba Greimas (y Fontanille) y que retoma Landowsky. Y pensemos que ella se desenvuelve en los parámetros de lo analógico y de lo digital, dicotomía de la que –siguiendo a Barthes– Fabbri echa mano para huir del fragmento y encontrarse con los universos de sentido. Porque lo digital implica segmentación en dígitos, en unidades discretas llamadas signos lingüísticos, signos matemáticos o cualquiera otro que funcione para dar cuenta de una realidad incomprensible e inasequible en su totalidad, que queremos, a toda costa, nombrar, etiquetar, reconocer en el marasmo de lo irreconocible. Mientras que lo analógico se desenvuelve en el continuo vital de la experiencia propioceptiva que anuda el devenir intercomunicativo de las macrosemióticas referidas. Quizás con aquel mecanismo de digitalización demos cuenta de lo sistematizado en estructuras similares a la lengua; pero ¿podemos dar cuenta del proceso, en distintas direcciones, que implica la experiencia humana y que pretende mostrar la semiótica de la vida? El camino, en este sentido, parece ser el de lo analógico. Porque si lo digital nos remite al fragmento, lo analógico se ocupa de los universos de sentido textuales, discursivos, en fin, semióticos de las relaciones humanas, las pasiones, las emociones que no permiten ser segmentados en unidades discretas; se ocupa, en fin, de aquellos valores que ofrecen variabilidad constante y continua. No en vano Fabbri afirma que el gesto no es anterior a la palabra (como si uno dependiera o supusiera jerárquicamente al otro) sino que ambos evolucionaron paralelamente por dos vías separadas; por lo tanto, hemos de suponer que no pueden volverse aprehensibles a través de métodos similares. Es por ello que proponemos este enfoque para el tratamiento de la propioceptividad y la estesis ya que creemos, a partir de aquí, que el espesor de lo real da cuenta de esos espacios continuos y no digitalizados de la experiencia sensible.

En consecuencia, podemos observar que para la semiótica de la vida y la semiótica del cuerpo la comprensión de la significación o del “hacer sentido” resulta inseparable de conceptualizaciones tales como percepción, estesis, cuerpo propio y sujeto inmerso en comunidades semióticas, inseparables-a su vez- de modos de dar cuenta del mundo a través de procesos abductivos, experienciales, en fin, analógicos. Así, nuestra propuesta es la de una semiótica de la vida, de la experiencia, que dé cuenta de los efectos de sentido captados intersubjetivamente –en procesos intelectivos– en una especie de corazonada, de intuición, de conocimiento aún no explicado con palabras –y quizás nunca explicado con palabras– que se juega en la experiencia de la misma existencia.

Con esto queremos dejar planteadas dos cuestiones centrales en relación con el modo en que la significación se genera a partir de la propioceptividad: por un lado, que en discursos producidos, transmitidos y percibidos lingüísticamente pero inexplicables –por lo menos, en un primer

momento- desde esas forma y sustancia de la expresión, de todos modos existe una significación derivada de dicha percepción. En otras palabras, a pesar de que un discurso pueda ser inefable lingüísticamente, de todas maneras ha impactado en el sujeto que recibe su acción, que la padece, simplemente porque lo ha comprendido a través de su propioceptividad. Por otro lado, que la misma comprensión puede darse en el caso de discursos producidos en sustancias de la expresión diferentes de la lingüística –pintura, gestos, ballet, música, etc.- que se tornan comprensibles bajo sus propias forma y sustancia (porque han afectado al sujeto que los ve, escucha, toca, etc., en fin, siente) pero que resultan intraducibles al sistema lingüístico. En síntesis, se trata de sentidos que hacen carne enunciativamente en el sujeto que percibe y siente. Por ello hablaríamos de la presencia de espacios de intelección en la medida en que hubo comprensión y se generó un conocimiento cuyo valor (en términos de verdad) será comprobado luego de un análisis posterior, a la manera en que se comprueban las premisas de las hipótesis generadas abductivamente, que se generan mundos posibles y que se construyen narratividades¹⁵. Por lo expuesto, podemos afirmar que ese situarse de la significación más acá de las palabras –del que habla Landowsky- tiene, para nosotros, esas dos posibilidades de manifestarse: en los discursos lingüísticos, por un lado, en una instancia previa a su comprensión articulada; y en los emitidos en otra/s sustancia/s de la expresión diferentes de aquella.

Conclusiones

Los modelos teórico metodológicos de la semiótica de la vida y de la semiótica del cuerpo, interactúan con la teoría de Fabbri, a través del paradigma indiciario, resultando sumamente productivos para el conocimiento desde los diferentes ámbitos del saber y en sus distintas manifestaciones, en tanto construyen, en cada ocasión, los métodos, estructuras y puntos de vista necesarios (la narratividad) para el análisis de cada discurso en particular pero inserto en una red social de sentido, la semiosis. Su punto de partida es la abducción, instancia propulsora del pensamiento que permite hipotetizar sobre determinado mundo posible a partir de su reconstrucción por medio de la narración o acción configurante del relato, inserta en el devenir témporo-espacial y social de la semiosis, sistema de valores desde la perspectiva de Greimás y Fontanille a través del cual el cuerpo propio instauro su enunciación y su estesis. Retrotrayéndonos a la abducción, hemos podido poner en diálogo estos modelos y delimitar los objetos de estudio de la semiótica de la vida y de la semiótica del cuerpo, a saber, que no sólo son las significaciones articuladas por intervención de la lengua sino, además, el amplio espectro de las percepciones y las sensaciones que se comprenden y se saben en el momento mismo de la intelección, sin necesidad de recurrir a la lengua para explicarlas. Queda por averiguar aún si el espacio infinito entre las palabras o los signos de cualquier lenguaje articulado está habitado por la afectividad que se percibe y se siente, como dijimos, sin articularla.

Por otra parte, este recorrido conceptual planteó la inminente necesidad de continuar indagando y dar respuestas a la problemática suscitada en torno a la condición epistemológica de la semiótica, ¿ciencia o metodología?¹⁶, que nosotros proponemos continuar con esta propuesta. Pensemos, de este modo, en que el paradigma conceptual que hemos puesto en diálogo abre puertas metodológicas para tornar asequible la significación, tanto en una instancia anterior al hecho de ser

15 De todos modos, eso sería irrelevante desde este punto de vista en cuanto la comunicación ya ha sido establecida.

16 Sobre la que ya se han propuesto algunas respuestas desde Juan Magariños de Morentin, el mismo Paolo Fabbri y otros semiólogos.

comprendida por el sistema de la lengua (en discursos lingüísticos), como en aquellas generadas directamente en sustancias y formas de la expresión no lingüísticas; este hecho realza el carácter metodológico de la semiótica y nos convoca a revisar, una vez más, su estatuto.

Hemos elegido estos autores porque, a través de las conceptualizaciones seleccionadas, reconocen una visión del conocimiento que avanza conforme sus signos son interpretados y reinterpretados, siempre en intrínseca relación con lo social, en una red de significaciones latente, a la espera de configurarse y reconfigurarse narrativamente.

Bibliografía

Anderson Imbert, Enrique (1992) “Filosofía de la abducción: Peirce y Poe”, en: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, El Colegio de México, Tomo 40, N° 2, páginas 699-705.

Blanco, Desiderio (2006) “Semiótica y Ciencias Humanas”, <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bib-virtualdata/publicaciones/letras/n111-112/a05.pdf>

Contreras, María José (2012) “La semiótica del cuerpo”, <http://catedradeartes.uc.cl/pdf/catedra%2012/maria%20jose%20contreras.pdf> (Recuperado el 20/9/2015).

Eco, U. (1979) *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen

Elizondo Martínez, Jesús O. (2003) *Signo en acción. El origen común de la Semiótica y el Pragmatismo*, México, Universidad Iberoamericana y Fidac.

Fabbri, Paolo. (2000) *El giro semiótico*, Barcelona, Gedisa.

Ginzburg, Carlo. “Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico” (1989), en: Eco, U. y Sebeok, T. *El signo de los tres*, Barcelona, Lumen.

Greimas, Algirdas J. y Fontanille, Jacques (1994) *Semiótica de las Pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo*, México, Siglo XXI Editores.

Hernández Sampieri, R.; Fernández Collado C. y Baptista, Lucio P. (1998) *Metodología de la Investigación*, México, McGraw-Hill, 2ª Edición.

Landowisky, Eric (2012) “¿Habría que rehacer la semiótica?” <http://www3.ulima.edu.pe/Revistas/contratexto/v20/7.pdf> (Recuperado el 20/9/2015)

Lotman, Iuri, Uspenskij, Boris, “Sobre el mecanismo semiótico de la cultura” (1979), en: Lotman y Escuela de Tartu, *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra.

Mendicoa, Gloria (1998), *Manual teórico-práctico de Investigación Social*, Bs. As., Espacio Editorial.

Peirce, Charles Sanders (1974), *La ciencia de la Semiótica*, Ediciones Nueva Visión, Bs. As.

Romero, Alicia, Giménez, Marcelo (sel., trad., notas) [2003]. “¿Qué Relaciones hay entre lo Perceptible y lo Decible?”, en ROMERO, Alicia (dir.). *De Artes y Pasiones*. Buenos Aires: 2005. www.deartesypasiones.com.ar.

Samaja, Juan (s/f) *Proceso, diseño y proyecto de investigación científica*, JVE Psique, Bs. As.

----- (1993) *Epistemología y Metodología*, Editorial Universitaria de Bs. As.

Tecla, Alfredo (1995) *Teoría, Métodos y Técnica de la Investigación Social*, (Cap. II) México.